

“¿PARA DÓNDE VA LA MICRO?: LAS ALZAS Y DECAÍDAS DE LA TASA DE INTERÉS”

Establecimiento

Liceo Camilo Henríquez

Comuna

Temuco

Profesor

Eugenio López Flores

Alumnos

Rocío Contreras Aguilar
María Belén Quijada Quiñones
Marleen Westermeyer Jaramillo

¿PARA DÓNDE VA LA MICRO?: LAS ALZAS Y DECAÍDAS DE LA TASA DE INTERÉS

*“En la vida hay que escoger entre ganar dinero o gastarlo. No hay tiempo suficiente para ambas cosas”
Edouard Bourdet*

“Era esta la más grande cuesta que habían subido. Llevaban días y días ascendiendo lentamente por sobre la nieve y el resto entero del mundo. Daba la impresión de que el busecito iba a destartarse. No era para menos si se encontraban en la cima de la Cordillera de los Andes, el paradero más alto del país. Y de acuerdo a la lógica, ya no quedaría sino descender.

Desde allí se hubiese visto a los ríos nacer y a la tierra ir poniéndose verde; a las catedrales estirarse hacia el sol y los autos atropellarse sincronizados; a los barquitos que nadan, nadan, en el océano, claro, si se hubiese uno puesto de puntillas y estirado más el cuello.

El “Economía” se detuvo ruidoso y brusco, en un paradero improvisado de madera húmeda. Casi todos los dólares que viajaban en el busecito salieron disparados por las ventanas debido a la brusca frenada. Se dijo que antes del suceso, ellos comentaban que no les era agradable bajar las pendientes de las cordilleras en un cacharrito que, aseguraban, se desarmaría a medio camino.

El conductor, señor Estebanco Central, anunciaba la parada y hacía una seña a una rolliza señora que estaba desorientada. Le dijo amable que aquí era, que aquí debía bajar. Ella era una Tasa de Interés. Al ver a don Prudencio, se dijeron mucho gusto, me hará usted mucha falta. Pero después de un viaje tan lento ella tenía que bajar.

El Señor Lacod, dueño de “Lacod y Cía.” era mercader desde que el mundo era mundo. Estaba triste porque en el ascenso no había vendido las baratijas que llevaba en una maleta: aparatos con brillantes luces, ropas de la primavera del otro hemisferio. Nada, nada había servido para persuadir a los pasajeros tacaños o a los sin Pesos.

Mientras pensaba, subieron muchos Pesos atropellándose entre si. Ocuparon los asientos libres y otros quedaron de pie. Eran tantos que los pasajeros del bus se sentían algo incómodos por estar rodeados de tan molestos seres con olor a metal. Pero el Señor Lacod se frotó las manos.

Y partió el busecito con su carga en metales y carne y hueso con destino final Estabilidad, una localidad ubicada en el Litoral arenoso, al nivel del mar. Y todo se meneaba al compás del motor.

Acelerado, porque era una pendiente agudísima, sólo como la que podría enlazar la cima de una Cordillera con un Valle. Acelerado, porque se había librado del peso de la Tasa de interés, señora que, aunque muy de buenas intenciones, se encargaba de que el busecito avanzara lento, lento. Acelerado, y don Prudencio, que iba delante, temió que se estrellasen cuesta abajo.

No pasa nada, don Prudencio, le reiteraba don Gastón, que iba a su lado riendo. Don Prudencio, parsimonioso como siempre, repitió “no pasa nada” mirando por la ventanita. Vio su reflejo, la nieve derritiéndole y a un hombre que pensó con razón “El Economía va a la deriva.”

Don Gastón era un hombre muy alegre, con unos finos zapatos y sombrero de ala ancha. “Si Ud. Lo piensa, don Prudencio, que la Tasa de Interés se haya bajado, agiliza el viaje, y ya era tiempo.”

Don Prudencio se preguntó que a dónde diablos necesitaba llegar con tanta prisa. “Ud. Sabe, amigo, que si el bus va más vacío, hay espacio para que suban otros. Ya ve los Pesos. Son tantos, que a nadie le importa mucho si se tropieza con uno. Ellos son muy livianos, porque están hechos de un metal aleado con aire, como sabrá muy bien. Súmele a eso que Estebanco Central los manda cortar más pequeños subdividiéndolos con un molde de galletas. Pero siguen siendo Pesos. Así son más fáciles de llevar en gran cantidad en los bolsillos” Se reía don Gastón. No era lo que don Prudencio pensaba precisamente de los Pesos o de que doña Tasa se hubiera bajado. Los Pesos eran livianos, si. Cualquier vientecillo los elevaba y cambiaba sus incontables rumbos. Pero no por eso tenían menos validez. Para él los pesos eran importantísimos y por eso los juntaba, enfilaba, envolvía en cinta adhesiva y mandaba con el Banco Comercial. Así, mientras doña Tasa estuviese arriba del bus, él recibiría una buena suma de lustrosos Pesos por arrendar sus torrecitas de metal. Pero cuando doña Tasa de Interés se bajase, y los incalculables pesos estuvieran dando vueltas en los bolsillos de don Gastón o entre sus dedos, sólo recibiría un puñadito de Pesos recién cortados como galletas a cambio de sus torrecitas enclaustradas.

“¿Enclaustradas? No, no. Si tengo Pesos, se los cambio al turco Lacod por algo. Un reloj para medir el tiempo, que si es bien escaso. Pero uno bien moderno, para tirar pinta.” Reía don Gastón.

¡Reloj! Como si el tiempo no pasara de todas formas. Hay relojes en todas partes y quiere uno atado al brazo. Don Prudencio no era adepto al derroche. Había trabajado toda su vida y por viejo le dijeron que mejor descansara, que le darían su jubilación. Y se la dieron. Y como siempre, con juicio, con juicio, no nos comamos la plata. El que guarda siempre tiene, figúrese usted. La vieja le decía que debajo del colchón, ahí nadie lo toca. Pero el quería subir al bus...

El bus iba acelerado. La física no le permitía otra cosa. Y allá atrás iba ese único y sobreviviente Dólar, rodeado de gentes pidiéndole testimonios. “Mis compañeros querían viajar por otras latitudes. Han de saber que hemos recorrido casi todo el mundo escalando cumbres.” Y guiñaba sus incontables ojos. “El Dólar es una celebridad, un héroe. ¿No cree don Prudencio?”

No. Don Prudencio lo veía igual a cuando era uno más de la decena de arrugados y comunes y corrientes Dólares. Antes de que doña Tasa bajase, sólo estorbaban. Podía uno levantar una piedra y encontrarse uno. Realmente nadie los apreciaba. A don Prudencio no le gustaba este Dólar tan sobrevalorado por el sólo hecho de ser el único gringo arriba del bus.

Don Gastón no había contestado a dónde diablos iba tan a prisa. “A Estabilidad, don Prudencio”

Si, era cierto. Si se subía uno a este bus era porque quería ir a Estabilidad. “Figúrese si no, don Prudencio. Para qué venir a perder el tiempo en este viaje.” El tiempo, el tiempo.

Don Gastón se levantó de su asiento para hacer la fila que esperaba la atención del Banco Comercial, el que estaba sentado frente al chofer. Iba a pedirle que le prestara Pesos, aprovechando que doña Tasa había bajado y éstos se habían vuelto más abundantes y por ende, menos costosos. Pero no tuvo que esforzarse demasiado con su argumentación.

El Banco Comercial sonreía y le daba palmaditas en la espalda, como si desde muchos años fuesen amigos. Gastón, Gastón, le decía viéndolo a través de unos ojos pequeños traídos del Asia. “¿Cuánto quieres? Has de saber que es éste el momento más conveniente para ti. Así que no seas tímido” Don Gastón pensaba que el Banco Comercial era muy bueno y le pedía altas sumas de Pesos. “Muy bien, Gastón. Tú si eres un negociante.” Y se reía y calculaba a lápiz. “Esto es lo que te presto. Tú me pagarás esto otro periódicamente hasta alcanzar esa suma, más, claro, un ínfimo interés.”, decía aquél Banco, indicando números en una hoja. “El provecho, que vendría siendo el precio de que yo te preste Pesos ahora.” Don Gastón pensaba que eso era lo justo y con sus escasas matemáticas chequeó las cifras y firmó.

A él lo siguieron Noah Horro y Coni Sumista. Todos ansiosos por comprar Pesos al Banco Comercial por “un ínfimo provecho” y así cambiárselos al turco Lacod por sus maravillosas baratijas.

El chofer, Estebanco Central, escuchaba atento mientras conducía por el aún agudísimo declive. Muchos habían ido a pedirle Pesos prestados al Banco Comercial desde que había bajado doña Tasa en lo alto de la Cordillera y el bus había adquirido una velocidad inusitada. Esos muchos se amontonaban en la parte delantera del bus y eso sumado a la gravedad hacía al busecito precipitarse más y más. Y nadie aparte de él parecía notararlo, absortos todos en la compra de Pesos en cómodas cuotas. El bus sonaba como una alcancía de Pesos de metal aleado con aire.

Los Pesos menudos, añoraban los tiempos en que muchos de ellos dormían en el Banco Comercial y solo algunos –los más valorados-, cumplían la labor de viajar de mano en mano.

Don Prudencio reconoció en uno de los Pesos cabizbajos que volvían de la fila a uno de los que con dedicación enfiló un día. Le hizo una seña, pero el Peso no lo reconoció. “No recuerdo. Muchos me han intercambiado, tirado a piletas, enfilado, y envuelto en cinta” Pero nadie lo había enfilado y envuelto en cinta como lo hacía don Prudencio. “¡Don Prudencio! Claro que lo recuerdo. Sus canciones de cuna y su billetera tibiecita...” Oh, si, ése era don Prudencio. “Usted no sabe todo lo que he viajado desde que me dejó con el Banco.” decía con cierto orgullo, el Peso.

¿Viajado? Pero debería haber estado durmiendo, envuelto... “No, no, don Prudencio. Usted me deja allí para que otros me vayan a buscar y me usen como cambio.” ¿Quiénes? “Vaya Usted a saber. Empresarios, por ejemplo. O parroquianos comunes.” ¿Todos sus Pesos...? “Si. Verá Usted. Como estábamos todos sus Pesos juntos, juntos nos pidió un pastelero para potenciar su negocio.

Unos nos fuimos por harina, otros por máquinas, por un local nuevo, otros por empleados y varios otros de vuelta al Banco.” ¿Todos dispersos? “Si, fuimos afortunados al haber salido del Banco. Eso era cuando doña Tasa estaba arriba. Aunque al final casi todos los Pesos que el pastelero pidió más los que la gente le entregaba por llevarse pasteles, fuimos a parar al Banco...”

La conversación fue interrumpida porque Coni Sumista tomó al Peso junto a otros y los cambió a Lacod por un avión a chorro. Le sería útil cuando el cielo volviera a ser transitable.

Como ella, todos los que habían recién comprado Pesos a plazo al Banco Comercial los cambiaban frenéticamente por baratijas al turco.

En esos momentos el bus se detenía -con dificultad, debido a la velocidad que llevaba- en una caseta de control del Estado. Este era un señor muy carismático y respetado, que chequeaba que el bus estuviera en buenas condiciones. Todos voltearon su cabeza para ver al Estado. Limpió con una sonrisa los vidrios que aún el bus conservaba y luego pasó un trapito a las puertas para sacarles el polvo. El bus lucía ahora digno de sus respetables pasajeros, según el mismo Estado afirmó. Y digno de ser visto por los turistas que atravesaran el país, según todos afirmaban.

Agradecidos todos y reluciente el bus, se disponían a partir de nuevo cuando una Inflación venía corriendo en dirección al “Economía”. Y el “Economía” abrió sus recién limpias puertecitas.

A nadie le agradaban las Inflaciones. Eran engreídas, burlonas y consecuencia de los excesos. Y a nadie le gustan las consecuencias, y menos de los excesos.

El turco Lacod contaba sus muchos pequeños Pesos. Pero aunque fueran muchos, estos eran tan pequeños que no le alcanzarían para amasarlos y convertirlos en sus maravillosas baratijas.

La Inflación pasó a su lado: ¿Cuántos Pesos pide por esto?” preguntó sonriendo coqueta la Inflación, indicando un sombrero de papel de volantín. El contestó amable el precio. “Oh, pero esto vale más que eso, señor, no puede usted ser tan benévolo.” No, no podía... “Y aún menos sabiendo la gran cantidad de Pesos que hay arriba del bus.” Era cierto, él era un comerciante, no una institución caritativa. Caridad no andaba en este bus. Y fue a sentarse sonriente la Inflación al último asiento del “Economía”, sacó su espejo y se acomodó las escasas pestañas.

Así, por el comentario de la Inflación todo ahora costaba más Pesos. Y muchos seguían pidiéndole más y más al Banco, más y más que pagarían algún día. Y los Pesos eran más y por eso valían menos. Todos ellos envidiaban al Dólar, que por ser único tenía la atención y valoración de todos.

Don Gastón y todos los que como él habían pedido prestados Pesos seguían cambiándoselos al turco Lacod por sus baratijas del Primer Mundo a precios ya no tan asequibles para todos. Y ellos pedían más Pesos al Banco Comercial y el turco les pedía más Pesos por sus fruslerías.

Pero aunque el turco pedía más Pesos por sus baratijas, no eran suficientes para confeccionarlas. Entonces cerró su valija con dos candados y la rodeó con una gruesa cadena atada a un ancla y se dirigió a hablar con el Banco.

Le dijo que hablaban de comerciante a comerciante. Que la diferencia era que Usted, Banco, vende la materia en bruto y yo transformada en aviones a chorro, chicles o armas de destrucción masiva, ya sabe, televisores o pinzas. “Así que necesito 13 kilos de Pesos.” ¡Kilos! “Es la forma más práctica de contarlos, según se imaginará.” Era cierto. “Ya he sacado cuentas y en estos meses debo haberle pagado esta otra cantidad. Así al cabo de estos años la cuenta estaría saldada.” Dijo Lacod, garrapateando cifras e indicándolas al Banco. “Si, si, no diga nada. El provecho. Unos gramos y ya, gracias a que doña Tasa aún no se sube. ¿Está correcto, señor Banco?” Éste asintió, esperó la firma y sin haber dicho palabra le entregó 13 kilos en Pesos y ni uno sólo más, con los cuales el turco fabricó sus preciadas baratijas.

Don Prudencio estaba molesto porque los Pesos que recibía se volvían cada vez menos y más pequeños. Algo miope, como era, ya apenas los encontraba entre los poros de su piel.

Era el siguiente de la eterna fila hacia el Banco Comercial. “Lo sentimos, mi buen ahorrador. Verá usted, yo estoy imposibilitado para ayudarlo. Mientras la Tasa de Interés no suba, las cosas para usted seguirán así. Pero no saque sus Pesos de aquí. Ya dicen por ahí que peor es nada.”

Don Gastón había cambiado todos sus Pesos al turco. Y como él muchos otros no tenían con qué pagar el préstamo al Banco Comercial.

El turco seguía fabricando sus bagatelas y vendiéndolos a mayores cantidades de Pesos cada vez más pequeños. Los Pesos se seguían cortando en más Pesos en el Banco. Hasta que los proveedores de torrecitas de Pesos decidieron guardarlas debajo del colchón. Y el Estebanco Central no tuvo más Pesos que mandar a cortar, el Banco no tuvo más para prestar y el primero, desesperado por la situación, pisó a fondo el acelerador y llegaron al Valle.

El paradero del Valle era el más concurrido de todos. Ahí esperaban unos dólares alpinistas para subirse al “Economía”. Al subir hicieron señas al Dólar sobreviviente, el cual volvió a perderse entre sus iguales y su popularidad descendió.

Muchos pesos indignados se bajaron del bus para irse a la pileta de alguna plaza, a cumplir los deseos profundos de otros mortales. Unos pocos menos afortunados se quedaron arriba del bus.

Estebanco Central hizo una seña a una señora regordeta que miraba con desconfianza el busecito. Es aquí, le dijo el chofer, suba no más. Era la Tasa de Interés que se había bajado en la cima de la Cordillera, antes de que el “Economía” se acelerara cuesta abajo.

Gracias, dijo ella, y al verla don Prudencio la invitó a sentarse a su lado. Se preguntaron cómo habían estado. Ambos bien, gracias. Ella preguntó por el viaje. Ah, el viaje, dijo el. “Ya sabe que si usted no va arriba... Figúrese el tamaño de estos Pesos.” Dijo don Prudencio indicando uno que tenía incrustado entremedio de su uña. “Es que la pendiente era larga, pues.” Ella se reía.

El busecito volvió a partir ahora con dificultad. La lentitud estaba dada por la aguda pendiente de la Cordillera de la Costa que empezaban a subir y por la

presencia de doña Tasa de Interés, cuyo peso influía en la dilación del “Economía” cuesta arriba.

Ahora que doña Tasa había subido, los que como don Prudencio solían arrendar sus torrecitas al Banco decidieron alquilárselas nuevamente, porque el Banco les daba más Pesos que antes. Así el Banco pudo seguir prestando Pesos a quienes los necesitasen, pero con un costo muy alto. Así que pocos se atrevían a pedirlos. Y muchas torrecitas de Pesos dormían cómodamente. Sólo unos pocos Pesos bizarros salían a recorrer el bus e iban a parar a la caja registradora de Lacod.

El turco, con los 13 kilos de Pesos que había pedido al Banco Comercial, entusiasmado, había confeccionado su más variada colección de fruslerías. Pero ahora muy pocos las compraban. Y no había inventado la fórmula para convertirlas en Pesos otra vez. Así, usase sus más increíbles técnicas de persuasión publicitaria ya casi nadie se mostraba interesado.

La última pasajera del bus, una señorita de escasas pestañas, aprovechando la lentitud, se puso su paracaídas y lanzó al vacío por una ventanita rota.

Ni don Gastón, ni Noah Horro o Coni Sumista tenían Pesos para cambiárselos al turco por sus maravillosas baratijas.

Entonces el turco bajó sus precios. Debía hacerlo si quería al menos pagar el préstamo al Banco, el que precisaba que los morosos pagasen sus deudas en el menor tiempo. Así que anunció a los cuatro vientos su decisión de bajar su demanda general de Pesos a cambio de sus fruslerías.

Pero ni don Gastón, ni Noah Horro o Coni Sumista tenían suficientes Pesos.

Así que bajó aún más el valor de sus baratijas. Pero ni don Gastón, ni Noah Horro o Coni Sumista tenían suficientes Pesos.

Así, bajó tanto los precios de sus bagatelas que hasta a don Prudencio ya no le parecía que eran un robo. Pero don Prudencio pensó que si había llegado a esos precios, de un momento a otro los bajaría aún más. Y valía la pena esperar. De cualquier forma, el tiempo era lo que más abundaba.

Y el bus iba lento, lento.

El turco Lacod estaba arruinado. Cuando había subido la cuesta de la Cordillera de los Andes era poco lo que había vendido, si. Pero en esta cuesta tenía 13 kilos en bagatelas que simulaban ser de otros mundos que nadie quería. 13 kilos y una deuda de 13 kilos y 100 gramos en Pesos con el Banco. Bueno, al menos eran sólo 100 gramos de más.

Don Gastón estaba algo afligido por su deuda con el Banco Comercial, y por haber despilfarrado todos esos Pesos en naderías inservibles. “Ya ve usted don Prudencio, cuando uno no tiene con qué, viene el turco y fabrica artefactos de última generación.” Pero ya tiene el reloj que quería, y mucho tiempo para que lo mida, reía don Prudencio. “Si, pero ahora el turco hizo uno más moderno, verá usted...”

El Banco le hablaba a Estebanco Central. “Te noto desocupado” le decía Estebanco Central cuando Banco lo mareaba de tantas palabras. “Qué puedo hacer si ya nadie pide Pesos. De sólo dormir y comer se están poniendo gordos y aunque no son tantos, eso empeora la situación. Aparte de llevar a doña Tasa

arriba, los Pesos están obesos y exigentes y en este bus nadie se mueve, porque ni el turco Lacod los levanta de sus asientos con sus porquerías de colores.”

El chofer sabía que el Banco tenía razón. Pero no podía hacer nada. Había que subir si a Estabilidad querían llegar y no era conveniente echar abajo a doña Tasa. A duras penas llegaron al paradero de la cima de la Cordillera de la Costa. No era una cumbre muy alta y parecía avergonzarse frente a los imponentes Andes. Hacia abajo se hubiese visto el Litoral arenoso, más allá unas dunas y más allá el Océano Bravo y sus barquitos que nadan, nadan, si a alguien le hubiese interesado mirar hacia abajo o hacia allá y más allá.

Era la hora de despedirse para doña Tasa y don Prudencio, una vez más. Estebanco Central lo confirmó. Doña Tasa, dijo, ya debe bajar, ya llegamos. “Gracias mijito”, le contestó ella.

Adiós, adiós, se despidieron don Prudencio y doña Tasa que ya bajaba otra vez. Ahora el “Economía” volvía a estar liviano. Con doña Tasa abajo, muchos Pesos se subieron en esa parada. Y muchos de los que habían pedido Pesos prestados al Banco los agarraron y entregaron para saldar su deuda. Otros, como don Gastón, fueron corriendo donde el turco a cambiárselos por los 13 kilos en baratijas que había fabricado.

Como los Pesos ya abundaban, el Banco volvió a prestarlos por un “ínfimo interés”. Y las torrecitas de don Prudencio salían a recorrer el bus hechas pedacitos.

Y el turco volvió a pedir más Pesos por sus fruslerías cuando una señorita de escasas pestañas se subió unos pasos más allá y le parpadeó coqueta.

Ya faltaban menos subidas y bajadas que recorrer, pensó Estebanco Central viendo el sol escondiéndose en el cada vez más cercano horizonte. “

Terminaba su relato don Marcelo, mientras la niña de ojos colosales se esforzaba por volverlos a su lugar. Papá, le dijo, ¿viajamos nosotros en ese bus?

Él contestó, que como casi todos los chilenos, estamos dentro del busecito, porque o nos sobra o nos falta, apilamos o pedimos Pesos. Que el camino a Estabilidad es sinuoso, así como casi todos los que llevan a grandes cosas; que no se sabía si es que el bus llegaría o no a su destino, pero si se sabía que el anhelo de llegar era el aliciente para ir hacia delante, que de todos modos, como bien es sabido, es mejor que retroceder.

ELUCIDACIÓN

El Economía es nuestra economía. Su recorrido es una gráfica invertida. Invertida, porque la gráfica tipo representa la aceleración económica con una línea que sube, el estancamiento con una que baja. Sucede que las gráficas no se rigen por la ley de Gravedad; al trepar una pendiente el Economía reduce su ritmo, al deslizarse cuesta abajo se acelera. Toda una proeza.

Los tripulantes del Economía corresponden a la caricaturización de los factores económicos. Algunos son fijos y otros inconstantes. Los unos encarnan a los chilenos en sus facetas extremas. El ahorrador, el derrochador, el comerciante. También encarnan instituciones como el Banco Central y el Comercial. Esta especie de tripulante jamás baja del Economía.

Los actores esporádicos corresponden a agentes más abstractos: Los Pesos, Dólares, la Inflación y la Tasa de Interés. Ésta última es el factor regulador económico. Se deja guiar por las indicaciones del conductor –el Banco Central– acerca de su permanencia en el bus.

El hecho de que la Tasa suba o baje del bus causará múltiples efectos. Caracterizada como una “rolliza señora”, su descenso en los Andes dotará al bus de mayor agilidad al descender la cuesta. El Economía se acelera inusitadamente cuesta abajo.

Con la Tasa abajo, tanto derrochadores como comerciantes adquirieron préstamos a un valor muy bajo. Esto permite una potenciación de la economía. “Empresarios y parroquianos comunes” obtienen dinero que utilizan tanto para aumentar sus capitales como para suplir necesidades. El préstamo indiscriminado de dinero puede causar un sobreendeudamiento.

Los Pesos se vuelven abundantes y menos valorados. La dinámica se basa en el juego oferta-demanda. Su tamaño disminuye simbolizando la reducción de su costo. Se grafica así el hecho de que la tasa corresponde al valor de los pesos; al subir, disminuyen los pesos circulantes y su valor aumenta; al bajar sucede lo contrario. Por ello, para un ahorrador no resulta fructífero almacenar su dinero en el Banco, ya que recibirá un interés bajo.

Al aumentar el circulante, se acrecentará la demanda de bienes y servicios, manteniéndose la oferta. Se producirá como consecuencia una inflación de demanda, vale decir, un aumento generalizado de precios frente al poder adquisitivo.

Un descenso de la tasa energiza la economía, incentivando el crédito, por ende el consumo y la inversión. La inversión creará puestos de trabajo y revitalizará la cadena productiva.

El dólar aumenta su valor, dado que no es conveniente para extranjeros el ahorro en el país. Así, se vuelve escaso y apreciado. Lo anterior resulta positivo para los exportadores y análogamente, negativo para las importaciones.

Al subir la tasa de interés la economía tiende al estancamiento. “La tasa influía en la dilación del recorrido del Economía...” La tasa alta supone un aumento del valor del dinero, y como consecuencia, un estímulo al ahorro. Al ahorrar se obtendrá un mayor interés. Obtener un préstamo, en cambio, se vuelve más costoso. El circulante disminuye. El juego de la oferta- demanda rige otra vez.

El dólar disminuye su valor, afectando negativamente las exportaciones y favoreciendo las importaciones. Lo último es un aliciente a nuestra economía exportadora de materia prima e importadora de bienes elaborados.

La inflación desaparece, pudiendo incluso aparecer la deflación, un fenómeno opuesto, que es consecuencia de la disminución de la demanda respecto a la oferta, lo que ocasiona un descenso generalizado de los precios. Ella puede

manejarse disminuyendo el valor del dinero, lo cual incentivaría el crédito, la inversión y el consumo.

La economía es dinámica y se basa en la interacción de varios elementos, entre ellos los aquí mencionados, cuya cohesión complejiza el análisis de causas y consecuencias de determinados fenómenos.

La tasa de interés relaciona a todos los factores y es capaz de cambiar sus rumbos, provocando efectos tan disímiles como los observados. Todo en ellos nos afecta positiva o negativamente, dependiendo de a qué eslabón de la cadena económica pertenezcamos en el momento dado.